

Aguas aéreas

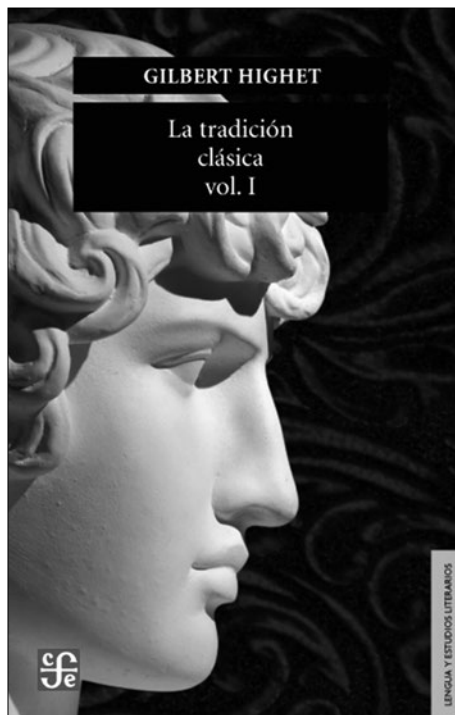
Sexteto

David Huerta

Una de las lecturas más orientadoras de mi vida ha sido la de una larga reseña de María Rosa Lida de Malkiel a un libro de Gilbert Highet, *La tradición clásica* (1949); fue publicada en 1951 por la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Esa reseña y ese libro están rodeados de incidentes de todo pelaje: desde un par de inserciones intempestivas ¡de Alfonso Reyes! en el texto de Lida de Malkiel, hasta la historia de la traducción del libro de Highet al español —hecha magistralmente por Antonio Alatorre— y su publicación en México con el sello del Fondo de Cultura Económica (1954).

Con una erudición avasalladora, una escritura exquisita y un conocimiento completo del tema del libro, el corazón de esa reseña era una denuncia: la de la indiferencia de algunos países europeos ante la cultura española. Lida de Malkiel mostraba y examinaba, en el libro de Highet, errores, omisiones, fallas, descuidos. Reconocía el valor del libro pero en ningún momento le perdonaba o le pasaba por alto esa insensibilidad ante las obras de nuestra lengua.

Gilbert Highet tomó nota de las durísimas observaciones de Lida de Malkiel y en vez de subsanarlas personalmente hizo algo extraordinario: le pidió a Alatorre su colaboración para perfeccionar el libro y darle su lugar, en las páginas de la obra en la cual había puesto tanto de su saber y de sus fatigas, a las literaturas olvidadas por él; la consecuencia no puede ser más impresionante: frente al original publicado por Oxford, el libro de Highet publicado en México es mejor, más completo. Pero de todo ello, para los fines de esta columna, me quedo con ese fenómeno extendidísimo: la ignorancia de tantos europeos ante



lo hispánico. ¡Cuántas veces nos hemos encontrado nombres mal citados, desconocidos pifias de geografía, omisiones imperdonables! Quizás el emblema o cifra de esos incurias sea el error de John Keats en un soneto famoso: le atribuye el descubrimiento del Océano Pacífico a Hernán Cortés (“*stout Cortez*”, dueño de una mirada de águila); casi cualquier escolapio de por estos rumbos latinoamericanos sabe el nombre del verdadero descubridor del mar más extenso del planeta: Vasco Núñez de Balboa.

No vale la pena insistir en esos tristes episodios de un auténtico desencuentro de civilizaciones, o por lo menos de literaturas. Esos fenómenos son una trampa y una invitación perpetua a caer en una de las estribaciones de la “cultura de la queja”, como la llama lúcidamente Robert Hughes. Aquí procuraré, en cambio, ofrecer una tercia de parejas de autores, poetas por más señas, convergentes y dialogantes, para mitigar el desencuentro: tres poetas españoles y tres poetas de lengua inglesa. Son ellos, unidos cada uno con su compañero: fray Luis de León y Edgar Allan Poe, San Juan de la Cruz y John

Donne, Lope de Vega y Geoffrey Hill. Puede verse con facilidad cómo se unen aquí vastos mundos literarios; en el sexteto discernimos todo esto: misticismo, poesía religiosa, poesía metafísica, romanticismo, modernidad.

Pero vayamos por partes; es decir: por pares de poetas. El primero de esos pares junta los siglos dieciséis y diecinueve por medio de un profesor salmantino y un visionario norteamericano; en medio, a modo de presentador o maestro de ceremonias, un hechicero argentino (“poeta menor de la antología”).

Juntar los nombres de Edgar Allan Poe (1809-1849) y de fray Luis de León (1527-1591) puede parecer dislate, despropósito, pero no lo es. Poe leyó a fray Luis. Lo vi con claridad —debí tomar nota hace muchos años— al releer *La cifra*, de Borges; allí, en el prólogo de este libro está la noticia:

Ejemplo de poesía intelectual es aquella silva de Luis de León que Poe sabía de memoria:

Vivir quiero conmigo,
gozar quiero del bien que debo al
[Cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de celo,
de odios, de esperanza, de recelo.

No hay una sola imagen. No hay una sola hermosa palabra, con la excepción dudosa de *testigo*, que no sea una abstracción.

¿Poe, lector de fray Luis de León? Sí, pues el mismo Poe lo comunica en un rincón insólito de su obra literaria, espe-

cíficamente poética: las notas al extraño poema arábigo titulado “Al Aaraaf”, el más extenso de cuantos compuso, junto a “Tamerlane”; esos poemas no suelen figurar en las antologías. El nombre Al Aaraaf proviene del Corán: es el de un lugar semejante al Limbo o al Purgatorio del cristianismo. Poe anotó profusamente el poema, como lo haría muchos años después T. S. Eliot con “*The Waste Land*”. En esas notas Poe menciona a fray Luis de León y cita su poema más célebre, más citado, más antologado: la horaciana “Oda a la vida retirada”. (Borges se equivoca ante el poema frayluisino: la “Oda” *no es una silva*; está compuesta en liras de cinco versos, la estrofa adaptada de la poesía italiana por Garcilaso de la Vega).

No tengo la menor idea de cuáles serían las ediciones de fray Luis de León al alcance de Poe. Lo cita de un modo parcial y pintoresco, quizá copiando los versos un poco *à la diable*, y dándoles un orden estrafalario; cito tal cual aparecen en la transcripción de Poe, en la edición de David Galloway para Penguin:

Un no rompido sueño –
Un día puro – alegre – libre
Quiera –
Libre de amor – de zelo –
De odio – de esperanza – de rezelo.

Y al pie, el crédito: “– Luis Ponce de Leon”. Como puede verse, Borges recoge parcialmente la cita frayluisina hecha por Poe. Los dos primeros versos corresponden a la sexta lira del poema y los restantes a la octava. Cualquier lector puede reconstruir y corregir los versos, con una edición confiable a la vista (por ejemplo, sustituir el rechinante subjuntivo, “Quiera”, por un indicativo de lo más normal: “quiero”).

La biografía de San Juan de la Cruz (1973) hecha por Gerald Brenan (1874-1987) me ha acompañado durante largos años. La releo y la consulto con avidez. No fue pequeña mi sorpresa al encontrarme, hace algunos lustros, con Brenan —encarnado por un actor (Samuel West) parecidísimo al muy admirado y entrañable hispanista inglés— en la película titulada *Carrington*, con Emma Thompson y Jonathan Pryce en

los principales papeles (este como Lytton Strachey, el maravilloso biógrafo de la era victoriana, y aquella como la pintora Dora Carrington). Gerald Brenan fue un enamorado de España, en donde pasó una buena parte de su vida y sobre la cual escribió cientos de páginas.

El punto de interés, aquí, en las páginas de Brenan sobre San Juan, consiste en una conjetura. No una fantasía cualquiera ni el débil esbozo de una hipótesis descabellada; sino una idea histórico-poética de un interés, me parece, enorme. Brenan nos invita a imaginarnos el atareado Madrid de 1590. En esa ciudad, por los mismos días, dos poetas andaban por esas calles de Dios: John Donne y el diminuto monje carmelita Juan de Yepes. Eso está documentado en las vidas de ambos; pero solamente Gerald Brenan lo ha puesto de resalto —al menos hasta donde alcanzan mis noticias, nada especializadas ni eruditas—, lo cual no deja de tener su mérito. He aquí la cita, proveniente de una nota al pie de la página 85 de mi edición:

Juan visitó Madrid en junio de 1590, para asistir al capítulo general extraordinario. Es curioso pensar que hubiese podido cruzarse por la calle con un joven católico inglés muy interesado por la poesía española, de la que compró varios volúmenes. Se trataba de John Donne, quien se cree que por aquel tiempo llegó a Madrid procedente de Nápoles.

¿Y si de veras esos dos se encontraron...? La mayoría de los novelistas están enfrascados en temas muy alejados de las posibilidades de esta conjetura, por desgracia; yo no soy novelista: si lo fuera, tendría aquí un material extraordinario, seductor (al menos para mí y para cuatro gatos más), fascinante. La conjetura madrileña de 1590 me despertó una gratitud inmensa por Gerald Brenan.

La última pareja del sexteto está formada por el poeta inglés Geoffrey Hill y el Fénix de los Ingenios: el tumultuoso Lope de Vega. Geoffrey Hill es un poeta, creo, muy poco conocido; Jordi Doce lo ha traducido a nuestra lengua con maestría y aun lo ha “explicado” (en un libro muy

hermoso: *Himnos de Mercia*). Jordi Doce compara a Geoffrey Hill con “el último Yeats”, y por las mejores razones: estos dos poetas poseen “parecida honestidad y vigor formal”.

Hill se detuvo largamente, por lo visto, en la poesía de Lope, en especial la de tema religioso. (También hizo una imitación de uno de los Argensolas, Lupercio Leonardo). Es posible imaginarse a sus guías o precursores en estos empeños: el traductor y también poeta Roy Campbell; o quizá por J. M. Cohen o James Fitzmaurice-Kelly, ambos muy serios estudiosos de la literatura española. El espíritu independiente de Geoffrey Hill pudo perfectamente proceder por su cuenta. Su encuentro con la poesía lopesca lo marcó, por lo visto. Solo así se explica su interés en traducir al Fénix. Escogió, para ello, uno de los más célebres sonetos de Lope y de toda la literatura española: “¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?”, vertido con fluidez, gracia y sobriedad por Hill.

Quizás el *poeta doctus* más importante del siglo veinte, en lengua inglesa, fue T. S. Eliot, por su influencia y por el innegable valor de su obra. Pero Eliot adolecía de limitaciones semejantes a las del profesor Gilbert Highet, quien sin embargo las zanjó con buen espíritu y con diáfana fortaleza intelectual y moral, en compañía de Antonio Alatorre y de los editores del Fondo de Cultura Económica, todos ellos acicateados por María Rosa Lida. Eliot no quiso ni supo superar esa falla de su información literaria, si acaso le interesó hacerlo. Su ignorancia de la poesía española de los siglos de oro es francamente escandalosa. Ante esa falla de Eliot, me consuela pensar en Geoffrey Hill, quien, sin proponérselo, la ha zanjado en pequeña escala, y lo ha hecho con gran talento. Al menos así lo siento.

Fray Luis de León, Edgar Allan Poe, San Juan de la Cruz, John Donne, Lope de Vega, Geoffrey Hill: cualquiera diría, ante esos seis nombres aquí reunidos, “eso es un batiburrillo, un gatuperio, una balumba intolerable”. Si algún lector amable piensa diferente y lo aprueba, este valiente sexteto habrá cumplido su misión. **U**